

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ASOCIACION Y NO PARTIDO.

De todas las provincias de España llegan diariamente consoladoras noticias del incremento que va tomando nuestra querida asociacion. En el norte y en el mediodia, en el interior y en el litoral, en las grandes capitales y en las cortas villas, en los centros fabriles y en los pueblos agrícolas se funda, se organiza, se desarrolla; los socios se cuentan á millares de todas clases y condiciones; y el reglamento definitivo publicado por la junta central ha aparecido muy oportunamente para dar á este movimiento la indispensable uniformidad.

Confieso sin embargo que por rápidos que sean sus progresos y vasta su dilatacion, siempre quedarán inferiores á mis deseos; mi ambicion no tiene límites en este punto. Si es ocasion de volver por la religion de nuestros padres y de conservarla y trasmitirla á nuestros hijos, si llegó la hora de llevar de la vida doméstica á la vida pública nuestras creencias y sentimientos, menester es concertarse y mancomunar los esfuerzos; y si hay que reunirlos, conviene que sea bajo una misma regla, bajo una general organizacion. Defensa sin ejército no se comprende, ni ejército sin disciplina. No basta que haya unidad en el espíritu, unidad en los fines; debe haberla tambien en los medios, en las formas, hasta en el nombre. Dadme unas bases mas anchas, un círculo más estenso, un título mas uni-

versalmente aceptable que el de *Asociacion de católicos*, y estoy por sustituirlos á lo que se acaba de establecer. En otras sociedades puede perjudicar á su fuerza el excesivo crecimiento; y lo que ganan en mole perderlo en actividad; en esta al contrario todo cuanto la limita ó circunscribe ó dificulta la agregacion de elementos que por su esencia no rechace, la daña y desnaturaliza.

La nacion ha dejado de ser católica oficialmente, es decir pura y exclusivamente católica: la suprema mira de nuestros afanes es que de hecho lo vuelva á ser, ó mas bien que aparezca tal en su realidad; y cuanto mas se acerque esta unidad por decirlo así reconquistada á la heredada unidad que pacíficamente poseíamos, cuanto mas tenga de unanimidad absoluta esta inmensa mayoría que aun formamos, mas próximos nos consideraremos al logro de la empresa. Aspira nuestra asociacion ¿por qué no hemos de proclamarlo? á absorber en sí todo lo que de vivo y enérgico mantiene en España el catolicismo, aspira en una palabra á reconstituir dentro de sí la nacion católica; y continuando las cosas por este camino, y obligando las circunstancias á decidirse á los mas tibios y apáticos, descartados los cobardes pero cobardes hasta la apostasia, descartados los indiferentes pero indiferentes hasta el materialismo, muy pronto mas bien por obra de los adversarios que de los amigos vendrá el caso en que se verifique casi por completo esta refundicion.

Pero esta misma universalidad á que tenemos, esta fuerza de expansion ilimitada que entraña la asociacion, la preserva de la desgracia de trasformarse en partido. Porque desgracia seria lamentable, no solo que se identificara con uno de los políticos, sino que aparte de los demás viniese á constituir uno meramente católico. *Partido* y *católico* son palabras que braman de verse juntas, por mas que en Bélgica y á veces en Suiza haya pretendido enlazarlas el lenguaje periodístico; y tal calificativo puede á lo mas disculparse en los países en que los católicos se hallan en minoría ó en número equilibrado con los demás habitantes. Pero en España semejante lema equivaldria á escluir todas las fracciones contrarias á la que con entusiasmo mas ó menos sincero lo enarbolará, ó á afectar un puritanismo difícil de profesar y mas difícil de ser creído, proclamando en las cuestiones políticas una abstencion ó neutralidad siempre rara y en el actual y angustioso período de reconstitucion punto menos que imposible. Sucede cuando se trata de reconciliar dos partidos ó de dominarlos, que nace un tercer partido mas estrecho é intransigente que los primeros; y otro tanto sucederia ahora si pretendiéramos disolver las huestes militantes para formar con sus restos otra bajo nueva bandera. Solo dejando á los partidos su vida propia, y reclutando de cualquiera indistintamente buenos elementos sin obligarles á abjurarlo, podrá vivir sin ser partido la asociacion.

Católicos antes que españoles, antes que decididos por este ó aquel sistema, antes que adictos á una ú otra dinastía, tal es el único principio que debemos tener comun, la única profesion que se nos exige, el vínculo que basta para unirnos estrechamente: no hay que pedir mas, pero tampoco puede pasarse por menos. Debajo de esa adhesion al catolicismo, que debe obtener sobre todas la supremacia só pena de no ser verdadera, de no ser digna de un creyente, cualesquiera adhesiones políticas caben por vivas, por ardientes, por activas que sean mientras á aquella no se opongan; y aun dada la propension del hombre á

hallar cierto enlace en sus distintos afectos, será muy natural que muchos establezcan fuerte relacion entre sus opiniones y sus creencias persuadiéndose de que las primeras se emplean principalmente en servicio de las segundas. Que la lucha haya de ser larga ó de ser corta, que el remedio haya de venir de abajo ó bien de arriba, que se confie en la eficacia de las libertades públicas reclamadas con perseverancia y teson y de las armas legales manejadas á prueba de compromisos y violencias, ó se juzgue indispensable el establecimiento de un gobierno sinceramente cristiano, nada importan tales discrepancias de apreciacion toda vez que se tiende á idéntico resultado. Para obtenerlo lo mismo hemos de poner de nuestra parte sea cual fuere el camino que sigamos ó por donde nos conduzca la Providencia: celo y mas celo, actividad y mas actividad, abnegacion y mas abnegacion. Otro género de fuerzas que las morales no tienen entrada en esta esfera: luchas materiales en distinto campo han de debatirse.

Así se concilia perfectamente la unidad en las cuestiones religiosas con la libertad en las políticas. ¿Y se juzga poco lograr respecto de las primeras un imponente acuerdo y mover en su defensa una influencia colosal? Porque no se trata de reunirnos y organizarnos meramente para orar ó promover funciones de desagravios; como afectan creer unos por desprecio y otros tal vez por impaciencia de atraernos á la bulliciosa arena de los partidos. Aparte de la formacion del espíritu público por medio de discursos, de periódicos y de libros, aparte de la educacion de la juventud por medio de escuelas gratuitas y de academias, aparte de los recursos de propagacion de que disponemos empezando por el mas obvio y eficaz que es el ejemplo propio y la reforma de nuestras casas, ¿no podemos hacer constar por vias legítimas nuestra compacta voluntad, que desatendida una, dos, tres, veinte veces, sin arredrarse por amenazas, sin rendirse á desaires, acabará por abrirse paso ó hundir en el oprobio las decantadas libertades? ¿No podemos firmar esposiciones generales que tengan la eficacia de plebisci-

tos? no podemos reunir una formidable masa electoral pronta á apoyar ó á combatir segun lo exijan los intereses religiosos? Hoy que se han aclarado las cosas y dado á conocer las personas ¿no se pueden lanzar interdictos, dictar condiciones, escoger dignos representantes que estén por cima de los bandos como la santa causa con que se identifican? Todo esto se logra si hay union y disciplina, y la habrá si domina nuestros corazones y dirige nuestros actos en apoyo del catolicismo su puro y esclusivo amor. Asome empero, traslúzcase siquiera la pasion política, láncese un mote de partido, y vuelve cada uno á sus filas, y se desbanda la asociacion.

En lo demás, enhorabuena, sigan las diferencias, trabajen las banderías, trábese la lucha si es menester; pero acostumbrados á marchar unidos, estrechados por el vínculo mas dulce y fuerte, raro seria que nos dividiéramos á impulso de móviles menos poderosos, y que las disidencias cuando no se extinguiesen ó conciliasen no perdiesen al menos gran parte de su acritud. Sé que es difícil á veces deslindar lo político de lo religioso, y que muchas cuestiones del dia involucren este doble carácter; pero sé tambien que si el espíritu de partido ofusca, el espíritu católico ilustra y aclara. Véanse sino los sencillos y ardorosos creyentes, véase el pueblo, aunque impresionable y estremado por lo comun, como olvida rencillas y divisiones en hablándole de religion, como agradece el bien venga de donde viniere, como aplaude al defensor de la verdad sin indagar su procedencia, como acoge y llama á todo el mundo sin desconfianza al rededor de la sagrada bandera! Si hay esclusivismo, si renacen los celos, si brota la cizaña, es debido solamente á los políticos de oficio.

Téngase bien presente; moriremos como partido, viviremos y prosperaremos como asociacion. Si alguna fraccion presumiese hacerla toda suya, la mataria sin provecho alguno para sí; por colmo de sus esfuerzos no poseyera si no un cuerpo sin alma, una máquina sin uso. La fuerza y la vida no están en nosotros flacos y corruptibles miembros, sino

en el mantenimiento del espíritu, en la sinceridad del propósito, en la fidelidad á nuestra mision, ante los hombres á quienes no fácilmente se engaña, y ante el que es imposible de engañar, Dios fuente de vida, dador de toda fuerza é incremento.

J. M. Q.

DE LA UNIDAD CATÓLICA

BAJO EL PUNTO DE VISTA POLÍTICO Y SOCIAL (*).

I.

Se han desvanecido como el humo las utopias de los filósofos y de los políticos, que negando á la religion católica el privilegio de ser el gran principio ordenador de la vida política y social de las naciones, ensayaron nuevos sistemas que nos trajeron á este tristísimo estado de anarquía y confusion que á toda prisa nos devorará. El desengaño está á la vista, la decepcion no puede ser mas amarga; que si todavía fuera posible abrigar algunas ilusiones, el ejemplo de lo que está pasando en España bastara para rectificar tan crasos errores y confutar tan perniciosos sistemas.

Que la unidad religiosa es conveniente para el buen gobierno de los pueblos, es cosa clarísima. Principios que no han tenido virtud para unir, pacificar y regenerar á las naciones de la culta Europa, no pueden ser principios de buen gobierno: y esta fué justamente una de las bellas promesas que nos hicieron los enemigos de la unidad religiosa. Tolerancia, libertad, igualdad, paz, bienestar, progreso: he aquí en compendio todas las ventajas prometidas. Mas el progreso social tan decantado no es tal progreso, sino decadencia real y positiva. ¿Tendremos que pedir perdon á nuestros lectores si empleamos algunas frases amargas? No: el progreso conseguido á costa de tantas revolucio-

(*) Un nuevo colaborador viene á honrar las columnas de la *Unidad Católica*, el Sr. D. Manuel Muñoz y Garnica canónigo lectoral de Jaen y compañero asiduo de aquel dignísimo prelado. El renombre que le han merecido sus numerosas é importantes obras hacen tan lisonjera esta adquisicion, como grata me la hace el recuerdo de haber acogido en el *Conciliador* sus primeras producciones. Así al cabo de 24 años en el pequeño semanario de Palma vuelve á reconstituirse casi, contando con el Sr. Lafuente, la misma redaccion del diario que en Madrid se publicaba, y el mismo grupo de amigos que Balmes se habia complacido en reunir.

nes, ahí está: si las preciosas conquistas no les satisfacen, estaremos conformes y seguiremos juntos el hilo de nuestro discurso; pero si tienen fé en el risueño porvenir que á despecho de tantos males se nos anuncia, bueno será que esperen breve tiempo; pues no podrán tardar mucho las lecciones mas terribles, los acontecimientos mas espantosos, que han de quitar toda razon especiosa, todo liviano pretexto á la ceguera voluntaria.

Desde luego es menester ser ciegos para no reparar en una contradiccion que salta á la vista. Se quiere la unidad de las naciones, la unidad de la ciencia, la unidad en todo: que el género humano sea una familia. Derribar fronteras, borrar distancias, aproximarnos los unos á los otros, asimilarlos, fundirnos ¿qué mas? Se quiere la unidad hasta con exageracion, hasta el absurdo, hasta lo imposible. Los amigos de la humanidad se felicitan por cada invento que se encamina á este fin, ó al caer uno de esos estorbos que mantenian separados á tales ó cuales pueblos que por lo alto de vallas seculares se alargaban las manos en señal de fraternidad. El socialismo y el comunismo propenden á establecer un nivel para todas las inteligencias y otro nivel para todas las fortunas: se quiere la unidad, y se quiere de tal manera que la encontramos hasta en el fondo de las utopias; es el bello ideal de todos los delirios. ¿Por qué son enemigos de la unidad religiosa los exagerados unitarios que defienden su sistema á todo trance? Pedir en España la libertad de cultos es contradictorio; romper la unidad religiosa es romper el primer vínculo social, el lazo mas poderoso que alcanzó á sujetar en la nacionalidad española pueblos tan diversos, y en la gloriosa monarquía castellana otros principados harto ilustres. ¿Qué principios pudieran sustituir al principio religioso? ¿Qué instituciones harán las veces de la Iglesia para pacificar las naciones y mantener entre los pueblos de Europa la debida armonía?

Apenas podemos hacer indicaciones de la *monarquía universal*, espediente imaginado por los antiguos. La idea es antiquísima: es propia del oriente como nos lo revelan algunas fábulas. Fué el sueño de los famosos conquistadores, fué la ambicion de algunos guerreros afortunados. Reyes asirios y persas tuvieron el espíritu de conquista; Arfaxad rey de los medos, Nabucodonosor rey de los asirios, acariciaron el intento de esta dominacion universal. No hablemos del imperio de Occidente, que no fué solo obra de Carlo Magno, sino de la Iglesia. El gran emperador respondió á los designios de la Providencia acudiendo al llamamiento de un gran

pontífice; salvó á Roma de los lombardos, estendió el cristianismo, protegió la fé en África como en Palestina, celebró cuarenta asambleas para mantener en toda su pureza el dogma y la disciplina, sin tomar otro título en recompensa de servicios tan señalados que el de *protector de la iglesia y defensor de la silla apostólica*.

Y si la monarquía universal fué un imposible entre los antiguos, si el ejemplo del imperio de Carlo Magno no puede citarse porque fué el imperio cristiano, ¿cómo podremos, en medio de una revolucion que derriba los tronos despues de inspirar á los reyes la idea de esclavizar y perseguir á la Iglesia, pensar en la monarquía universal como en un medio para unir á los pueblos á falta del principio religioso?

Menos absurdo pareciera en nuestros días procurar la alianza democrática de los pueblos: pero cómo? bajo qué forma? Bajo la república? toda república se divide y se subdivide. Poder tan débil no puede servir de lazo para unir pueblos rivales: la federacion es un hecho pasajero en la vida de las naciones. La verdadera confederacion universal de que tenemos un magnífico ejemplo es la sociedad cristiana: el papa es el pastor de los fieles; todos los pueblos, sin distincion de lenguas, razas ni estirpes, caben en dicha alianza; y solo el catolicismo puede tener el plan de esta vasta agregacion. La unidad religiosa es el lazo de esta confederacion de las naciones cristianas, y no es posible otra fraternidad universal sino esta que supone la paternidad espiritual del sumo pontífice, cabeza de la Iglesia.

El recuerdo de la unidad primitiva de la familia humana es indeleble; siempre aspiraremos á la unidad que el Evangelio nos promete en esta vida y en la otra. Bajo este punto de vista, algunas modernas utopias son el eco de esas tradiciones aunque desfiguradas, y el acento si bien confuso de esas aspiraciones de la humanidad hácia la monarquía universal ó la república universal, segun se quiera, pero hácia una vasta agregacion que ningun poder ha realizado sino la Iglesia. Por odio al catolicismo, los filósofos han convertido en utópico lo que es una realidad en la comunidad de los pueblos cristianos; porque ninguna diferencia destruye la unidad cuando es una misma la fé, así como en rompiéndose la armonía religiosa destrúyese en los pueblos el lazo de la fraternidad, y empiezan á caminar separados y errantes á impulsos de tendencias individuales y exclusivas. Así pues, no saben lo que se dicen los que hablan de fundir nacionalidades en una sola nacionalidad ó los que

quieren hacer del género humano una sola familia, si no se refieren á la confederacion cristiana: porque no somos llamados á la monarquía universal ni á la república universal, sino á la unidad de la fé y á formar un solo rebaño bajo la direccion de un solo pastor. En este sentido quiere el Señor que todos los hombres se unan entre sí, teniendo un solo corazón y una sola alma, y que vivan unidos por la virtud de la caridad.

Por lo tanto, combatir de frente al catolicismo, que es el único principio que ha realizado la idea de la fraternidad atrayendo al gremio de la Iglesia tantas naciones; destruir la unidad religiosa que habia juntado los pueblos de la Europa cristiana en una vasta confederacion que alcanzó una vida de mil años; romper ese vínculo moral, el mas poderoso, el único que pudiera sostenerla, y estenderla por el mundo y reportar toda clase de bienes, el orden, la libertad, la paz, el bienestar, el progreso, es negar lo mismo que se afirma; es levantar una bandera con una mano para abatirla con la otra.

La contradiccion es patente, y buena prueba nos ofrece de esta verdad la triste suerte de nuestra patria. El afan de unirnos nos divide incesantemente; la division ha penetrado y se va estendiendo por el cuerpo social, imposibilitando la suspirada concordia. Qué de partidos! cuántas banderas! Nos alejamos de la unidad; estamos en la anarquía. Los ataques al catolicismo son la causa de nuestra perdición. Se rompió la unidad católica, se derribó la monarquía, recibió la propiedad heridas muy graves, se atentó contra la familia cristiana, y los republicanos dividen en zonas el territorio español para hacernos retrogradar á los primitivos fragmentos de que á duras penas se fué componiendo la antigua y poderosa nacion, señora de dos mundos.

Grandes y poderosos nos hizo la unidad católica; pero la revolucion, que es envidiosa de todo lo que descuella y sobresale, se puso á combatir nuestra unidad envidiada por otros pueblos; hasta escluir la de nuestras leyes. Y la escluyó. No será la exclusion definitiva, porque la nacion es católica. No será definitiva, porque la aspiracion á la unidad es cosa muy cierta, y el atentado de las cortes soberanas está en contradiccion con el sentimiento público. Pero mientras el mal causado no se remedie, la disolucion seguirá su marcha. Destruirnos, disolvernos, este es el plan de la revolucion.

Y en verdad que lo lleva muy adelantado. La piedrezuela desprendida del alto monte tropezó en los piés del coloso, y el coloso cayó por tierra. Unitarios políticos, anti-unitarios religiosos, con-

templad vuestra obra. La unidad religiosa nos hubiera salvado, pero vosotros quisisteis romperla para agravar nuestros males. No bastan las ruinas que habeis amontonado; quereis convertirlas en menudo polvo.

M. M. G.

EL JURAMENTO DE LA CONSTITUCION.

(De la *Revista Católica*.)

El hecho culminante del dia es el juramento de la constitucion recientemente promulgada. El gobierno, segun antigua costumbre, ha exigido que sus subordinados prestaran al nuevo código un homenaje de respeto que fuera prenda y garantía que los altos acuerdos tomados por los representantes de la soberanía nacional serian acatados y cumplidos en todas las esferas gubernamentales; este acto, que tradicionalmente venia revestido de los caracteres de un juramento religioso, y que en virtud de la reciente evolucion política acaba de ser despojado de todo lo que le daba un carácter religioso, conserva el nombre de JURAMENTO, á pesar de que creemos en buena doctrina que habiendo sido eliminado el nombre de Dios invocado como testigo, habiéndose suprimido el crucifijo y los santos evangelios, queda reducido á las proporciones de una mera palabra de honor.

No queremos dilucidar ahora la conveniencia ó inconveniencia de exigir esta palabra de honor solemne, este compromiso moral, un gobierno que ha empezado sentando la libertad omnimoda de pensar y de obrar; en nuestro concepto los principios, y sobre todo el espíritu de la libertad que es el criterio de la actual revolucion, exigen suprimir esta fórmula, que cuando no tiene accion sobre la conciencia,—como no puede tenerla en la conciencia de los que juran ó dan palabra de honor de respetar un código que han combatido con bizzaría y denuesto y cuya desaparicion públicamente espresan desear,—no es sino una fórmula vana, una gran tentacion para que se quiebre la inflexibilidad de carácter y disipe el sentimiento de dignidad de los comprometidos á dar una palabra que no es la palabra de su conviccion.

Reconocemos la intolerancia del gobierno en este punto, y hubiéramos deseado que en el supuesto de que la constitucion jurada no representa las aspiraciones de tres grandes grupos de españoles, que por otra parte ocupan puestos distinguidos en

la administracion, se hubiera reconocido el derecho que toda conciencia tiene á callarse, cuando á hablar, ó mejor, á confirmar no se siente llamada.

Este juramento, ó mejor, esta reliquia del antiguo juramento, esta palabra de honor que se exige de respetar lo que la conciencia dicta, no ha de producir el bien á que la patria tiene el derecho de aspirar; el gobierno quiere recibirlo como una confirmacion de sus trascendentales decisiones, como una nueva fuerza moral en que apoyarse ante el pais. Pero esta fuerza moral no puede dársela el juramento en el mero hecho de venir precedido de las repugnancias, manifestaciones y protestas que con tanto énfasis han tenido lugar.

De nada aprovecharán al gobierno estos juramentos con tanta pena arrancados; la resistencia que les ha precedido es la mas elocuente protesta; y si algo ha conseguido es un nuevo dato para convencerse que si ha conseguido un asentimiento de labios, la conviccion, el entusiasmo del corazón, de ninguna manera lo obtiene.

Entre las clases á las que el gobierno exige el juramento cuéntase al clero.

¿Puede el gobierno exigir al clero el juramento de la constitucion?

¿Con qué títulos lo exigiria?

¿Es el clero una clase política? Un dia y otro dia, en las cortes, en la prensa, en la calle se ha declamado contra la ingerencia del clero en los negocios políticos; se ha dicho con énfasis que el sacerdote debe vivir en el templo, y que las cosas del mundo era incumbencia de los mundanos organizarlas; pues bien, ¿no es ingerir al clero en la política exigirle un juramento político?

¿Es que se necesita su palabra como una garantía de que respetará la nueva ley? ¿Y por qué ha de necesitarse esta palabra? El clero, que profesa y enseña la doctrina de «dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios,» es el que está mas poseido del sentimiento de respeto á todo orden y gobierno constituido: el clero ha jurado el evangelio, y su juramento es la mejor garantía de que respetará los gobiernos que la Providencia se sirva permitir ó enviar. La doctrina de la subordinacion á las autoridades, escrita por san Pablo, es la del clero católico.

Si le pedís que jure la constitucion para que respete la ley, puede contestaros: «La ley tiene ya prometido nuestro respeto.»

Ajena es y será siempre á nuestro carácter la doctrina de la insubordinacion. No la aceptábamos cuando Neron reinaba, la rechazábamos cuando

imperaba la demagogía francesa, y ¿hoy la aceptaríamos?

Sostenemos siempre el principio de autoridad; ¿qué quereis que sostengamos mas? ¿una organizacion política determinada? Pero ¿no habeis repetido que nosotros no debíamos ser políticos? Los juramentos prestados por el clero son solemnes, solemnísimos, porque el carácter sacerdotal los reviste de cierta gravedad; pues bien, vosotros que quizá mañana exigireis del clero la promesa de cumplir y defender la constitucion, ¿nos asegurais que mañana vosotros mismos no hayais cambiado de concepto, y que no derribeis lo que hoy habeis creado, como ayer derribasteis lo que anteayer habiais jurado defender?

¡Ah! hombres que hoy sois gobierno, leed vuestra historia, y contad los juramentos que en vuestra historia se hallan escritos; y si son mas de uno, y si el uno contradice al precedente, respetad la delicadeza del que, cuando jura, infundè en su espíritu un sentimiento de cariño para con aquello que jura, y que no le es dado verlo caer sin cierto pesar.

El clero no es, no puede, no debe ser político; vosotros lo habeis dicho, y nosotros nos asociamos á vuestras afirmaciones: ¿por qué, pues, le exigís un acto político, si segun vosotros no debe pertenecer á ninguna situacion determinada? ¿Por qué quereis atarle, comprometerle con la situacion actual?

Otro punto de vista ofrece la cuestion del juramento relativo al clero.

¿El clero puede prestar juramento á la actual constitucion?

No vamos á contestar á esta pregunta; todavía mas, esta pregunta no debe ser contestada por los periódicos. Cuando llegue el momento oportuno el episcopado católico contestará, y contestará siempre segun las inspiraciones de su criterio elevado y de su conciencia pura. Lo que hoy hacen los periódicos políticos de cierto color es una inconveniencia mayúscula. Los seculares, que al plantearse la cuestion del juramento del clero se han apresurado á dilucidar y dar por resuelta una cuestion delicada exagerando su celo, se anteponen á las decisiones de los maestros de Israel; y una de dos, ó creen saber mas que los obispos y se apresuran á aleccionarles sobre un punto de moral y de disciplina, ó se creen ser mas que ellos, y les dan resuelta con la autoridad del criterio individual, les intiman desde la altura de su *neo-episcopado*, una solucion que, cualquiera que sea, dada por los obispos será acatada y cumplida por todo el clero español.

Si llega el caso, hoy probable, de que se nos exija el juramento, no recordaremos lo que han dicho los periódicos políticos, pues que las cosas más santas sirven en sus manos de armas de partido; como hasta que los obispos hablen dejamos en suspenso nuestro juicio sobre esta cuestión.—

Eduardo María Vilarrasa.

ALOCUCIONES DE S. S. EL PAPA PIO IX.

Cartas de Roma del 17 de junio dan cuenta de las fiestas que hubo en la ciudad en el aniversario de la exaltación de Pio IX al pontificado. Después de haber asistido el papa á la misa solemne celebrada con este motivo en la capilla Sixtina, recibió las felicitaciones del sacro colegio. El cardenal Patrizi pronunció un discurso, en que dijo entre otras cosas lo siguiente:

«Es universal la alegría que se siente por la llegada de este aniversario. La prodigiosa manera con que fué elegido Pio IX hizo presentir extraordinarios acontecimientos en su pontificado, y los que ya se han realizado aseguran que vendrán otros más maravillosos todavía. El entusiasmo que su nombre ha producido en el mundo el día del quincuagésimo aniversario de su elevación al sacerdocio, es una prueba de que los designios de Dios sobre él no han tenido completo término, y de que Dios se dignará prolongar este pontificado más allá de los límites ordinarios, para que el papa, después de haber pasado por las vicisitudes del combate, goce también de las dulzuras de la victoria. La victoria le espera en el concilio ecuménico; victoria debida por otra parte á su valor, á su firmeza, á su virtud, y se debe creer firmemente que le está preparada por intercesión de Aquella cuyas glorias ha exaltado.»

Después de rogar Su Emma al sumo Pontífice que recibiera los votos de amor y fidelidad del sacro colegio, el padre santo respondió poco más ó menos lo siguiente, que advertimos que está tomado de viva voz:

«Al llegar al término del año vigésimo tercero de mi pontificado, debo ante todo dar gracias al Señor que ha sostenido mi fragilidad en medio de pruebas tan numerosas y crueles, y admirar y bendecir la sabia protección que concede á su Iglesia. Sin duda la deja espuesta á terribles tempestades; pero la sostiene al mismo tiempo, y suscita entre los cristianos hombres animados de un santo valor para defender sus derechos. Yo doy gracias también al sacro colegio y á todos los que me rodean por la noble parte que toman en la lucha y por los sentimientos que acabais de manifestarme.»

«El mundo está como dividido en dos sociedades; una numerosa y poderosa, inquieta y agitada; otra menos numerosa, pero tranquila y fiel. Mi muy ilustre predecesor san Gregorio el Grande las comparó á dos sociedades reunidas en otro tiempo: la primera en las llanuras del Senaar, donde los hombres levantaron la torre del orgullo y fueron confundidos por Dios y dispersados; la segunda en el Cenáculo el día de Pentecostés, en que Pedro, los apóstoles y millares de fieles de todas las naciones oyeron y comprendieron todos una misma lengua.»

Así vemos hoy de un lado la revolución que lleva en pos de sí el socialismo, y que condena y reniega de la religión, de la moral, de Dios mismo; de otro los verdaderos fieles, que tranquilos y firmes en su fé, esperan con paciencia que los buenos principios vuelvan á tomar su saludable imperio y que se cumplan los designios de Dios.

«¡Ah! ¡si los soberanos adoptasen estos buenos principios, cuánto más fácil les sería gobernar los pueblos! ¡Cuánto bien podrian hacer á los pueblos y á sí mismos!»

«Lo porvenir está en manos de Dios. Como abatió á los primeros revolucionarios los demonios, abatirá á estos. Y nosotros podemos y debemos desear que los soberbios que persiguen á la Iglesia sean humillados y confundidos.»

«Mientras tanto, cumplamos fielmente nuestros sagrados deberes para con Dios, (*ego autem exercebar*, dice el salmista) y tributémosle acciones de gracias porque ha conservado la paz á este puñado de tierra, maravillosamente privilegiado, desde donde podemos dirigir nuestras miradas y nuestras oraciones sobre toda la Iglesia. ¡Ah! ¡cuán abrumadores son los males que afligen á esta Iglesia! ¡Cuántas lágrimas, cuántas ruinas por todas partes! Acaso en el momento en que estoy hablando, una nación (Polonia) es privada de su último obispo, también preso y desterrado.»

Al llegar aquí, la voz de Pio IX era entrecortada, y sus ojos se velaron de lágrimas. La emoción de los circunstantes era grandísima, pues todos saben algo de la triste y agonizante situación de la iglesia de Polonia.

«Ciertamente, continuó el Papa, Dios podría permitir que Nos tuviésemos, Nos mismo, la suerte de estos obispos. Esta planta, que arraiga en el suelo en que todavía encontramos seguridad, podría ser herida como la planta rústica del profeta Daniel. Pero los peligros que nos amenazan serán alejados por la bondad divina, y esta planta tiene la palabra del Señor.»

«Yo invoco la omnipotente protección de Dios sobre el sacro colegio, sobre los prelados, sobre esta ciudad querida, sobre los que la representan (el senado). Especialmente, ruego por dos clases de personas: las que están en tribulación para que Dios las socorra, y las más desdichadas todavía, las que están en pecado, para que Dios les conceda una gracia victoriosa. Hay en Roma mismo almas abandonadas, que toman la sombra por el cuerpo, el error por la verdad, y que dejando la senda de la justicia se arrojan en la selva llena de bestias rugientes. Desdichado el que así se conduce: pierde seguramente todo bien.»

«Aleje el Señor de todos vosotros suerte semejante, y bendigaos, por la intercesión de María, como lo deseo con todo mi corazón.»

En el consistorio secreto celebrado el 25 de junio pronunció la siguiente:

«Venerables hermanos:

En esta reunión solemne de vuestra asamblea, nos vemos obligados á deplorar con gran dolor de nuestro corazón la nueva ley sancionada y promulgada por el gobierno subalpino, contraria en alto grado á la Iglesia católica, á su inmunidad, á su libertad y á sus derechos, y

á la misma sociedad civil. Nos referimos á la ley por la cual este gobierno, despues de tantas iniquidades que seria casi imposible enumerar, contra la Iglesia, sus sagrados ministros y todo lo que le pertenece, no ha vacilado en someter á los clérigos al servicio militar. ¿Quién no vé cuán hostil y dañosa á la Iglesia es esta ley que la priva de un derecho concedido por nuestro señor Jesucristo mismo, y la coarta en la eleccion de ministros idóneos y necesarios, instituidos por el mismo Cristo, para defender y propagar su religion divina y procurar la salvacion de las almas hasta la consumacion de los siglos; esta ley, cuyo único objeto parece que es borrar y esterminar, si tal pudiera suceder, la Iglesia católica de esta infelicísima Italia?

No tenemos palabras con qué reprobar y condenar esta ley. Todo el mundo sabe que no hemos omitido medio alguno para cumplir con el mayor celo posible los deberes que nos imponia el cargo de nuestro ministerio apostólico, y que todos nuestros venerables hermanos los obispos de Italia dignos de la mayor alabanza no han cesado de hacer oír sus justas quejas, reclamaciones y solicitudes para que no se promulgara semejante ley.

¡Pluguiese al cielo, venerables hermanos, que no tuviéramos que deplorar al mismo tiempo los graves daños y males con que es afligida y vejada de un modo lamentable en el imperio austriaco y en el reino de Hungría nuestra santísima religion! En cuanto á las noticias que nos llegan del reino de España sobre las cosas eclesiásticas, léjos de darnos algun consuelo, nos traen motivos de tristeza y amargura.

El gobierno ruso sigue persiguiendo á la Iglesia católica, arrojando por violencia de casi todas las diócesis á los obispos, y desterrándolos, porque fieles á su deber escuchan la voz y cumplen los mandatos del vicario de Cristo en la tierra. Y no los permite salir de los límites de su imperio, aunque lo reclamen absolutamente los mas grandes intereses de la Iglesia; y de esta manera aumenta de dia en dia los obstáculos que impiden á los fieles de sus estados comunicarse con nos y con esta sede apostólica.

Pero en medio de las gravísimas angustias que Nos afligen, encontramos ciertamente un gran motivo de consuelo en el laudabilísimo celo pastoral con que los obispos defienden con valor la causa católica, y luchan por conservar intactos los principios de nuestra santa fe y la unidad de la Iglesia contra las asechanzas y esfuerzos múltiples que emplean los hombres impíos para propagar sus errores. Nos tenemos confianza en que todo el clero católico se esforzará en imitar los ilustres ejemplos de sus obispos, procurando rivalizar con ellos.

Entre tanto nos dirigimos una vez mas á todos estos enemigos de Cristo y de su Iglesia santa, advirtiéndoles que consideren seriamente que Dios castiga de un modo terrible á sus enemigos y á los de su santa Iglesia.

En cuanto á nosotros, no cesemos, Venerables Hermanos, de rogar y suplicar con humildad y fervor al Padre de las misericordias, para que traiga á todos los desdichados errantes por el camino de la perdicion á la senda de la verdad, de la justicia y de la salvacion, y para que en todas partes engrandezca y llene de gloria con nuevos y brillantes triunfos á la Iglesia católica.»

CRÓNICA.

La heroica Iglesia de Polonia cuenta un nuevo mártir. El venerable y sabio obispo Lubiensky, que tenia muy delicada salud, ha muerto en el camino del destierro.

El Czar le mandó asistir al sínodo de San Petersburgo ó enviar un representante. El obispo nombró un delegado, pero consultó al Papa; que condenó el sínodo, y entonces monseñor Lubiensky acató en todo las disposiciones del Pontífice y no envió al delegado.

Poco despues se dictó la orden de destierro. El general Moller llegó á casa del obispo, de noche, como un ladrón, de improviso, y se apoderó de su persona y papeles. Una hora despues, el santo obispo metido en un carro empezaba á sufrir la agonía en el espantoso camino de Grodno. Aquí, sin dejarle descansar, Moller le hizo entrar en un wagon, obligándole á hacer un trayecto de mas de trescientas leguas. El viaje debia continuar hasta los confines de Siberia; pero tuvieron que detenerse los viajeros. El obispo iba á morir, y espiró sin que le acompañara ningun sacerdote, porque el satélite del tirano moscovita se habia negado á acceder á tan justa demanda.

Así ha muerto este obispo, que toda su vida vivió como un santo, comiendo frugalmente, durmiendo sobre una cama de hojas, y dando á los pobres todo lo que poseia. Como sacerdote era incansable y celoso del bien de las almas, y sus extraordinarias virtudes le grangeaban el respeto de los mismos cismáticos, protestantes y judíos.

A este santo obispo aludia Pio IX en el discurso que copiamos en otro lugar.

El venerable prelado descansará en el seno del Señor rogando por la iglesia de Polonia por la santa sede y por los verdugos que tiranizan á la infeliz Polonia, en medio de la criminal indiferencia de la libre Europa.

El número de representantes de la Iglesia católica que deberán asistir al Concilio ecuménico, segun un diario autorizado, asciende á 922.

«Las sillas episcopales y abaciales que pueden estar representadas en el Concilio son en número de 850. El derecho de los obispos *in partibus infidelium* no está aun establecido de una manera cierta. Hay que añadir como miembros de la asamblea 57 cardenales, faltando aun 15 por nombrar.

»Esos 922 miembros probables del Concilio se dividen en 40 cardenales italianos, 291 obispos de la misma nacion, 66 españoles, 22 portugueses y 90 franceses, en junto 512 dignatarios de raza latina.

»Vienen despues 77 obispos brasileños, mejicanos ó de la América del Sud, lo cual hace subir á 600 el número de las sillas episcopales, atribuidas á la raza latina.

»Cerca de 60 de esas sillas están vacantes en Italia, y probablemente dejarán de ir á Roma los titulares de otras 160.

»De consiguiente solo asistirán al Concilio unos 400 latinos.

»Por otra parte son esperados de Inglaterra y de Irlanda 48 obispos, de los Estados-Unidos 52, de Grecia y de Turquía 20. Prusia tiene 12 de esos dignatarios, Baviera 8, Austria 45, Bélgica 6, Holanda 15, y el Canadá 16.

»Los obispos de Polonia, Rusia y Oceanía no asistirán probablemente. Los armenios, los griegos unidos que hay en Austria, en Rusia y en Bulgaria, los sirios, los caldeos y los maronitas tendrán escasa representacion.»